

I

EL HORROR DE ARCILLA

Lo más misericordioso que existe en el mundo, creo yo, es la incapacidad de la mente humana para establecer relaciones entre los datos que contiene. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de los negros mares de la infinitud, y no hemos sido concebidos para viajar muy lejos. Las ciencias, cada una de las cuales avanza en su propia dirección, apenas nos han afectado hasta el momento, pero algún día la conjunción de esos conocimientos disociados abrirá unos panoramas tan aterradores de la realidad, y de nuestra espantosa posición en su seno, que bien la revelación nos hará enloquecer, bien huiremos de esa luz letal para refugiarnos en la paz y la seguridad de una nueva era de tinieblas.

Los teosofistas han hecho conjeturas acerca de la sobrecogedora grandiosidad del ciclo cósmico en cuyo seno nuestro mundo y la raza humana constituyen meros incidentes transitorios. Han llegado a

especular sobre la supervivencia de ciertas cosas extrañas en unos términos que, de no estar enmascarados por un insulso optimismo, helarían la sangre. Pero no es de ellos de donde vino el único vislumbre de los eones prohibidos que me aterra cada vez que regresa a mi mente y me enloquece cuando se me aparece en sueños. Igual que todos los vislumbres aterradores de la verdad, el mío fue a raíz de la coincidencia accidental de varios elementos: en este caso un viejo artículo de periódico y las notas de un académico ya fallecido. Confío en que nadie más vuelva a relacionar esas cosas; ciertamente, si yo vivo, jamás proporcionaré de forma deliberada la clave para vincularlas. Creo que también el académico del que hablo tuvo intención de guardar silencio sobre la parte que él conocía, y que habría destruido sus notas de no haber sido porque la muerte le sobrevino de repente.

Mi conocimiento del caso se remonta al invierno de 1926 y 1927, cuando acaeció la muerte de mi tío abuelo George Gammell Angell, profesor emérito de lenguas semíticas en la Universidad de Brown, en Providence, Rhode Island. El profesor Angell, una reconocida autoridad en inscripciones de la antigüedad, con frecuencia recibía a directores de destacados museos; por consiguiente, su paso a mejor

vida a la edad de noventa y dos años sería un hecho que muchos recordarían. En el ámbito local, el interés se vio incrementado debido al misterio que rodeó su muerte. El profesor había sufrido un ataque mientras regresaba del ferry de Newport; se había desplomado de repente, según los testigos, tras recibir el empujón de un negro con pinta de marinero que acababa de salir de uno de los oscuros patios de aspecto sospechoso que había en la abrupta loma que servía de atajo entre los muelles y la casa del difunto en Williams Street. Los médicos no supieron encontrar ningún trastorno visible y, perplejos, tras mucho debatir, llegaron a la conclusión de que había sido alguna misteriosa lesión cardíaca, inducida por el fatigoso ascenso a una colina tan escarpada para un hombre tan anciano, lo que había precipitado su final. Por entonces no vi razón alguna para discrepar de tal conclusión, pero en la actualidad me siento inclinado a plantearme preguntas... como poco.

En calidad de heredero y albacea de mi tío abuelo, que murió viudo y sin hijos, se esperaba de mí que revisara sus documentos con exhaustividad; fue con ese propósito que trasladé todos sus archivos y cajas a mis aposentos de Boston. Gran parte del material que reuní estaba destinado a que lo publi-

cara la American Archaeological Society, pero hubo una caja que me resultó en exceso desconcertante, hasta el punto de que fui muy reticente a mostrarla a otras personas. Estaba cerrada, y no di con la llave hasta que se me ocurrió examinar el llavero que el profesor siempre llevaba en el bolsillo. Entonces pude abrirla, pero cuando lo hice me encontré paradójicamente con otra barrera mayor y cerrada con más empeño. Porque, ¿cuál sería el significado del extraño bajorrelieve de arcilla y de la colección de apuntes, divagaciones y recortes inconexos que encontré en el interior? ¿Acaso mi tío, en sus últimos años, había empezado a creer en las imposturas más frívolas? Decidí buscar al excéntrico escultor responsable de aquel aparente trastorno de la paz espiritual de un anciano.

El bajorrelieve era un tosco rectángulo de menos de una pulgada de grosor y unas cinco o seis de superficie. Saltaba a la vista que era de factura moderna, sin embargo, ni la atmósfera ni las sugerencias de sus caracteres tenían nada de moderno, porque aunque los caprichos del cubismo y el futurismo son muchos y descabellados, casi nunca consiguen reproducir esa regularidad críptica que acecha en la escritura prehistórica. Y, en efecto, daba la impresión de que el grueso de aquellos caracteres consti-

tuía alguna clase de escritura, aunque mi memoria, pese a mi gran familiaridad con los papeles y las colecciones de mi tío, no consiguió identificar en absoluto aquella modalidad particular, ni siquiera adivinar sus orígenes más remotos.

Por encima de lo que parecían jeroglíficos, había una figura de intención evidentemente pictórica, aunque debido a su ejecución impresionista no resultaba fácil hacerse una idea clara de su naturaleza. Parecía una especie de monstruo, o bien un símbolo que representaba a un monstruo, cuya forma únicamente una fantasía enferma podría concebir. Si digo que mi imaginación extravagante captó imágenes simultáneas de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no estaría siendo infiel al espíritu de la cosa. Una cabeza gelatinosa y con tentáculos coronaba un cuerpo grotesco y con escamas provisto de unas alas rudimentarias, aunque era el *contorno general* del conjunto lo que hacía realmente aterradora la figura, tras la cual se vislumbraba vagamente un fondo arquitectónico ciclópeo.

Con la salvedad de una pila de recortes de prensa, los documentos que acompañaban aquel objeto extravagante eran de puño y letra reciente del profesor Angell, y no tenían pretensión alguna de estilo literario. El que parecía ser el documento principal

llevaba como epígrafe: «CULTO A CTHULHU», escrito en laboriosa letra de imprenta para facilitar la lectura de tan inaudita palabra. El manuscrito estaba dividido en dos secciones, la primera se titulaba: «1925: Sueño y ejercicios oníricos de H. A. Wilcox, con domicilio en Thomas Street, n.º 7, Providence, Rhode Island». Y la segunda: «Testimonio del inspector John R. Legrasse, con domicilio en Bienville Street, n.º 121, Nueva Orleans, Luisiana, en la reunión de 1908 de la A. A. A.: Notas sobre sus declaraciones y relato del profesor Webb». Los demás papeles manuscritos eran anotaciones breves, algunos de ellos transcripciones de los extraños sueños de varias personas, mientras que otros citaban libros y revistas sobre teosofía (principalmente la *Atlántida y la desaparecida Lemuria* de W. Scott-Elliot), y los restantes eran comentarios sobre sociedades secretas supervivientes de tiempos remotos y cultos escondidos, incluyendo referencias a pasajes de tratados de mitología y antropología como *La rama dorada* de Frazer y *El culto de la brujería en Europa Occidental* de la señorita Murray. Los recortes aludían en su mayoría a extravagantes enfermedades mentales o brotes de locura o manía colectiva acontecidos en la primavera de 1925.